

# COREA

## UN PASO MAS HACIA EL ABISMO

Por **EDUARDO HARO TECGLEN**

**S**ON gajes del oficio. Se tiene continuamente en vuelo una flota de aviones cargados con bombas atómicas para poder lanzar una guerra en cualquier segundo del día o de la noche; entra en lo normal que, de tarde en tarde, uno de estos aviones caiga, como acaba de ocurrir en Groenlandia. Se tienen previstas to-

das las seguridades para que esas bombas no estallen, pero no se puede evitar que alguna vez, como en este caso, se extienda una cierta radiactividad; no se puede evitar que los hielos del Polo se cierren sobre el hueco abierto por el tremendo calor del

combustible del avión ardiendo y se pierda para siempre este vestigio de nuestro tiempo, que quizá recojan un día los hombres del futuro, en el supuesto de que haya hombres en el futuro.

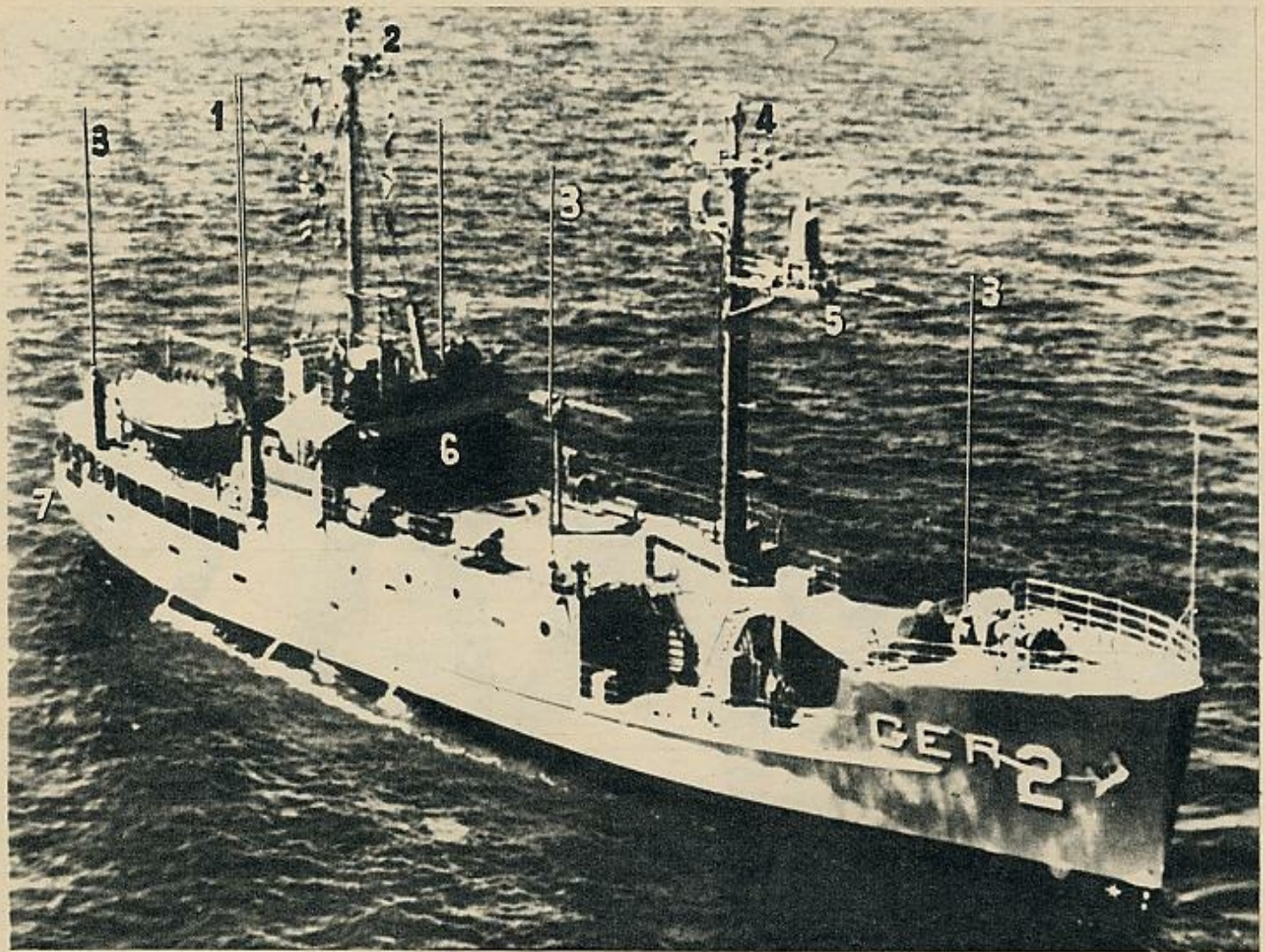
Se tienen barcos-espías disemina-

dos por el mundo; no se puede evitar que, alguna vez, los espías los hundan o los capturen. En junio de 1967, los israelíes hundieron un barco-espía, el «Liberty»; como Israel era algo más que un país amigo, el incidente se resolvió con facilidad. Ahora, los coreanos del Norte han capturado el barco-espía «Pueblo»; es algo más que un país enemigo, es

(*Sigue en la pág. 52*)

Delegados de Corea del Norte y del ejército norteamericano tratando, en Pan Mun Jon, sobre recientes incidentes militares en la zona desmilitarizada de Corea. Las autoridades de Pyongyang presentaron una denuncia sobre cuatro incursiones a través de dicha zona, todas las cuales aparecen claramente reflejadas en el mapa.





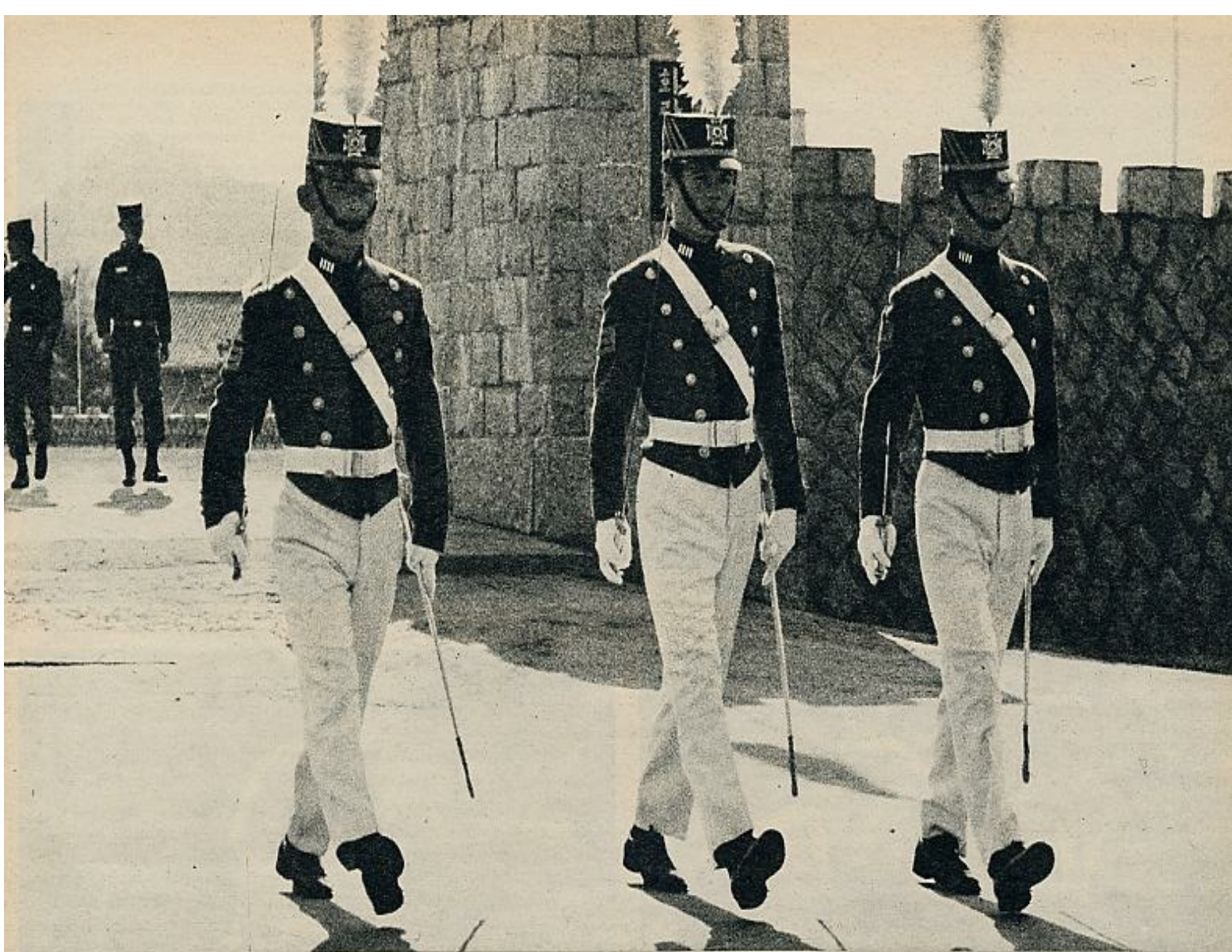
Este es el navío-espía «Pueblo». Antes había sido un humilde carguero. Posiblemente, ya no podrá volver a ejercer misiones de información. Su captura por los norcoreanos ha supuesto una verdadera catástrofe para los Estados Unidos, al caer en manos del enemigo los secretos de espionaje móvil marítimos mejor guardados. El «Pueblo» pertenece a una flota de quince unidades dedicadas al espionaje y que recorren constantemente los mares. Todo cuanto la ciencia electrónica ha descubierto en el dominio de la recepción tiene en esta clase de barcos su representación. En el grabado se señalan, con números, algunos de sus aparatos de espionaje: 1) antena doble para selección de mensajes; 2) radares de navegación y de detección; 3) mástiles portadores de cables para comunicación con submarinos sumergidos; 4) antena convexa para captar comunicaciones entre aviones; 5) radar para recepciones a grandes distancias; 6) laboratorio de registros, y 7) cabinas de escucha situadas a popa para detectar ruidos submarinos. Los aparatos del «Pueblo» pueden llegar a determinar la posición exacta de la procedencia de las señales captadas; sus antenas rotativas tienen un alcance en altitud de once kilómetros y su comunicación es constante con los laboratorios especiales del Pentágono, desde cualquier lugar del mundo.

Los barcos-espías norteamericanos no sólo trabajan sobre objetivos enemigos, sino que también se interesan por actividades de sus aliados. Así, cuando se realizaron las primeras pruebas atómicas francesas en el Pacífico, un navío de esta clase y un submarino norteamericanos se mantuvieron en las cercanías del lugar experimental observando y detectando lo que allí sucedía. Los barcos-espías no se ocupan únicamente de captar conversaciones o mensajes; su misión es más amplia y complicada: deben descubrir los medios secretos de comunicación y localizar lugares o bases de interés militar. Por otra parte, se ocupan en engañar al posible enemigo, transmitiendo falsas pistas. A veces, pueden entrar en contacto con los satélites artificiales dedicados a la observación militar, como los «Midas», cuyo nombre alude a sus «orejas».

Además de la flota de los barcos-espías propiamente dichos, los Estados Unidos cuentan con otra quincena de barcos hidrográficos que pueden ser dedicados a misiones de información, sin contar los contratorpederos y otras unidades de superficie susceptibles, según las necesidades, de ser equipadas de material de detección y de escucha.

En el mapa adjunto puede apreciarse el lugar en que hoy se encuentra el «Pueblo»: el puerto de Wonsan, en Corea del Norte. El mapa abarca hasta el Vietnam.





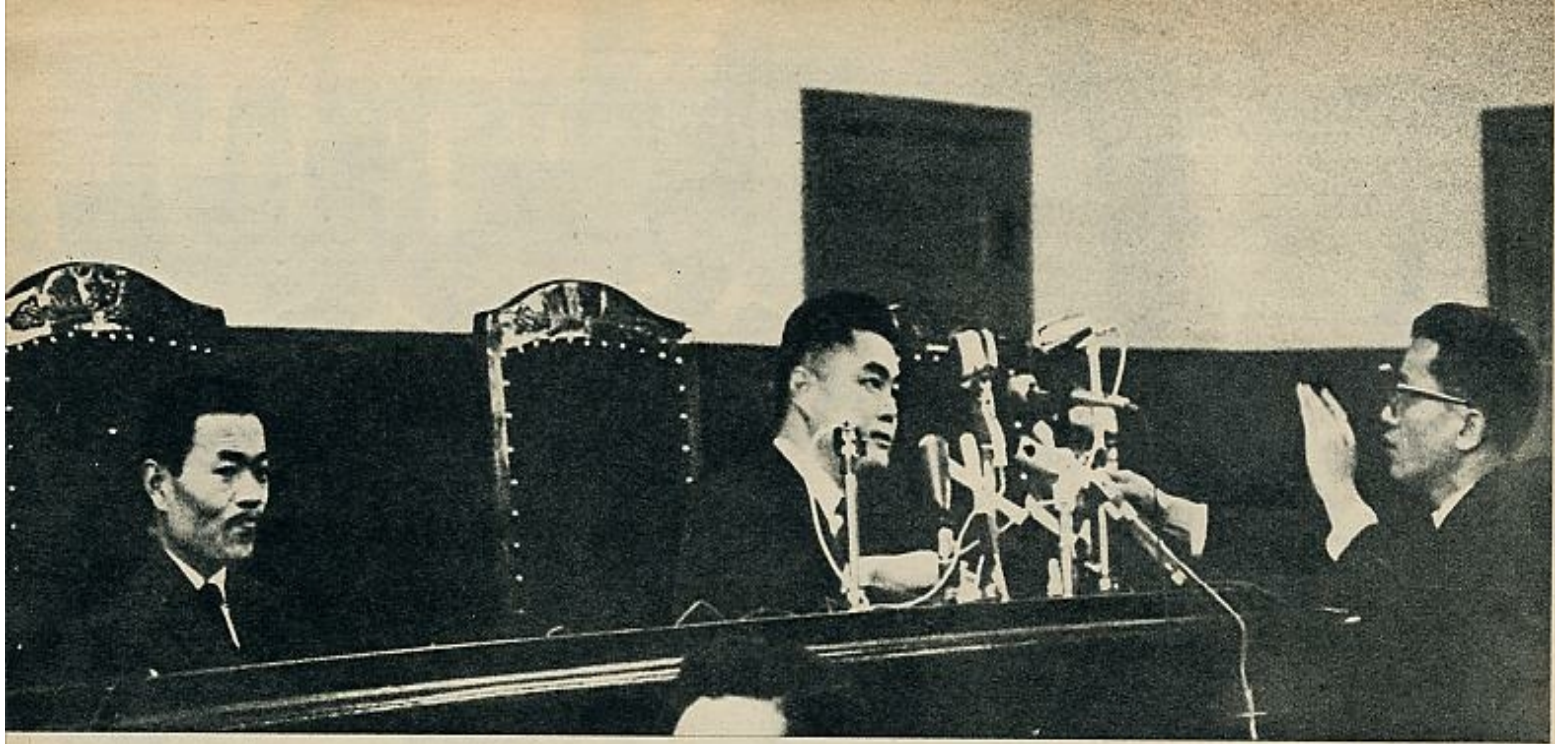
## COREA

### EL EJERCITO DE COREA DEL SUR

El ejército de Corea del Sur está considerado como «el cuarto del mundo libre». Sus efectivos en hombres se calculan en unos seiscientos cincuenta mil. Es un ejército, digamos, hecho para la guerra; es decir, para no permanecer en sus cuarteles. Su entrenamiento es de un rigor espartano y de él no se excluye ninguna técnica, contando la de la lucha coreana, el taekwondo. Su preparación psicológica está dirigida por especialistas y se orienta tanto a lo político como al estilo de la más dura lucha. Los campamentos se rigen por una extraña mezcla de régimen monacal y castrense. El servicio tiene una duración de treinta meses, lo que convierte a cualquier hombre en un soldado tan profesional como pueda serlo un oficial o un jefe. Además de sus deberes propiamente dichos, estos soldados son empleados en la lucha anticomunista en el interior del territorio nacional, labor en la que colaboran con los servicios de investigación conjuntos coreano y norteamericano. Corea del Sur participa en la guerra del Vietnam con una aportación de unos cincuenta mil soldados y dos mil técnicos.

Fotos: GAMMA





Arriba, el tribunal de Seúl que juzga a los espías. Abajo, a la izquierda, el compositor Yi Sang Yung, en el banquillo; a la derecha, dos universitarias durante el juicio. En las fotos inferiores, de izquierda a derecha, el pintor Ung No Yi y otra de las acusadas. Las penas fueron muy duras para todos los encartados.





## COREA

### LOS PROCESOS DE SEUL

Desde los primeros meses del año pasado comenzaron a observarse desapariciones misteriosas de súbditos de Corea del Sur que se encontraban en Europa, especialmente en Francia y en Alemania occidental. En su mayoría eran intelectuales. Estos dos países protestaron ante el Gobierno de Seúl una vez que pudo averiguarse que tales desapariciones eran debidas a la acción de los servicios secretos de Corea del Sur. No obtuvieron respuesta o la consiguieron evasivamente. Por otra parte, buen número de estos coreanos, considerados miembros de la oposición política, fueron inducidos a regresar a su patria con la promesa de que recaerían sobre ellos leves penas o bajo amenazas. Un día comenzaron en Seúl los procesos y ante los jueces comparecieron varias docenas de detenidos. Las condenas fueron bastante duras y se registraron varias penas de muerte. El músico Yi Sang Yung fue condenado a prisión perpetua; el pintor Ung No Yi, a cinco años. A todos se les acusó de espionaje en favor de Corea del Norte. En las fotos, arriba, varios de los acusados; abajo, un profesor de la Universidad Hankuk.

Fotos: ZARDOYA



un país hostil, y el incidente puede representar una guerra. Los signos externos de guerra están en marcha en el momento en que escribo estas líneas. Movilización de reservistas en los Estados Unidos, un portaaviones nuclear —el «Enterprise»—, protegido por destructores, está dentro de las aguas territoriales norcoreanas, y a las bases americanas de Corea del Sur llegan continuamente aviones de caza y de bombardeo. Mussolini, por boca de D'Annunzio, decía que «vivire periculosamente» es la vida del fascista. El secretario de Estado Foster Dulles decía que hay que vivir siempre «al borde del abismo». Estamos al borde del abismo.

El incidente del «Pueblo» presenta todavía muchos aspectos misteriosos. Los coreanos del Norte dicen que estaba dentro de sus aguas territoriales: Washington dice que estaba fuera de ellas. Es igual, no tiene importancia. La línea ideal de las aguas territoriales, aparte de las numerosas y dispares doctrinas que hay acerca de su situación, significa ya poco. Los llamados «pesqueros» soviéticos son una modalidad de barcos-espías que se mueven fuera de las aguas territoriales de los Estados Unidos —y de otras naciones— y, sin embargo, sus medios electrónicos de captación penetran en el territorio americano. El «Pueblo», dentro o fuera de las aguas norcoreanas, espía dentro del territorio de soberanía del país objetivo. El capitán del barco ha declarado por la radio de Corea del Norte que estaba al servicio de la C. I. A. y que se reconoce culpable de haber violado las aguas territoriales. Tampoco tiene importancia. Mañana puede estar libre y renegar de sus palabras, decir que se las han arrancado a la fuerza. Puede ser verdad, puede no serlo. No importa mucho. Estos incidentes se aclaran cuando ya no tiene importancia saber lo que ha pasado. Veamos el incidente del «Maddox»: el 2 de agosto de 1964, este navío americano anunció que había sido atacado en aguas internacionales del golfo de Tonkin por embarcaciones de Vietnam del Norte; el día 4 comenzaron los bombardeos de represalia sobre el país supuestamente agresor, y no han cesado todavía. ¿Qué pasó, realmente, con el «Maddox»? Tres años y medio después, la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado iba a abrir un debate para estudiar lo que pasó realmente, con el «Maddox» y quién fue el verdadero culpable del incidente: pero tuvo que abandonar este asunto para recibir al director de la C. I. A., Richard Helms, que iba a darle cuenta de este nuevo caso del «Pueblo». Conviene repetir una y mil veces que las guerras no se producen por un incidente fronterizo, naval, aéreo o diplomático; las guerras tienen otros orígenes, causas o decisiones, y

los incidentes son un pretexto por parte de uno de los dos bandos para lanzarlas. Cuando el incidente es necesario, se crea en el momento oportuno. Los bombardeos de Vietnam del Norte no proceden del incidente del «Maddox», fuese este incidente real o fingido: proceden de las decisiones del «consejo de guerra» de Honolulu, celebrado el 1 y el 2 de junio anteriores al caso del golfo de Tonkin.

El asunto del barco-espía «Pueblo» presenta algún misterio más en este aspecto de la creación artificial del incidente. Si en el caso del «Maddox» caben grandes dudas acerca de quién disparó primero y con qué intención disparó, en el del «Pueblo» no se puede dudar de que fue rodeado y raptado, o aprisionado —el concepto varía según estuviera dentro o no de las aguas jurisdiccionales: el hecho, repito, es el mismo—, por barcos de Corea del Norte y que estos barcos no tomaban una medida así por decisión propia. Sabían la envergadura mundial que iba a tomar el incidente y, sin embargo, no vacilaron. Pero por parte del capitán y de la tripulación del «Pueblo» se ha producido un comportamiento extraño, que no han dejado de señalar algunos suspicaces senadores de los Estados Unidos. Durante algunas horas, este barco estuvo detenido por una sola lancha norcoreana, que esperaba refuerzos para realizar su captura: el «Pueblo» podía fácilmente haberse marchado. «Un simple mercante lo hubiera podido hacer», dice uno de los que sospechan, que resulta ser nada menos que el senador Russell, presidente de la Comisión de Fuerzas Armadas del Congreso, y que es una autoridad en materia militar. El «comportamiento extraño» del capitán despierta no sólo las sospechas de que le estuviere dictado por sus superiores —la C. I. A.—, sino también las contrarias: las de que se haya «pasado», y sus declaraciones en la radio respondan a un mismo plan. Esta idea parecería descabellada si hubiese algo descabellado en el mundo tortuoso de la política de hoy.

¿Por qué querría Corea del Norte crear un «casus belli»? Para abrir un segundo frente en Asia, dicen los partidarios de esta tesis; para ahogar, para hacer perder el aliento a los americanos, cuya opulencia les está ya perdiendo en el Vietnam. Para entenebrecer el panorama electoral de Johnson al obligarle a nuevos compromisos militares —la llamada a filas de los reservistas es una medida impopular—. ¿Por qué querrían los Estados Unidos provocar un incidente? Los que así lo creen, estiman que la teoría militar más clara de los Estados Unidos es la de que le es más fácil guerrear con probabilidades de éxito cuanto más amplie

los frentes de combate: que existe en el Pentágono la idea de que los Estados Unidos son invulnerables en una guerra grande, pero no así en las guerras pequeñas; que la ampliación hacia Laos, Tailandia, Camboya y Vietnam del Norte de la guerra de guerrillas del Vietnam del Sur es una muestra de esa psicosis de ampliación; que una segunda guerra de Corea daría pretexto para el empleo de bombas atómicas tácticas —es decir, localizadas, pequeñas— alegando que el ejército convencional no puede comprometerse ya en ese segundo frente; que es, en fin, el gran asalto contra China que muchos grupos conservadores americanos preconizan y desean «antes de que sea demasiado tarde», antes de que China esté en condiciones de dar respuestas atómicas o de tomar iniciativas atómicas. Las dos tesis son contradictorias entre sí. Es natural. En cada enfrentamiento, cada bando piensa de sí mismo y del enemigo lo contrario que el otro. Ciertamente esta erupción —aunque se contenga— es molesta para Johnson en un año electoral. Pero cada vez se piensa más que la persona que menos importa en la política de los Estados Unidos es, precisamente, el Presidente Johnson, el «presidente accidental».

El problema de las dos Coreas, flotando sobre este cúmulo de hipótesis y de sospechas, es que jamás se ha saldado la vieja guerra, como nunca se saldó en el Vietnam; y que si fuese cierto que la historia se repite, en Corea se puede repetir en cualquier momento la guerra del Vietnam, porque sus condiciones son exactamente las mismas. En Corea, como en Vietnam, la lucha de guerrillas contra los japoneses en la guerra mundial y la derrota del Japón dejó al país un fondo inquieto y revolucionario. Los comunistas y los partidarios de la exclusión de Estados Unidos se agruparon en el Norte, instalaron un sistema colectivista y recibieron la ayuda de la URSS. En

el Sur, los americanos instalaron un gobierno prooccidental y, siguiendo los patrones clásicos de la diplomacia de guerra fría, que luego se reveló como un desastre total, pusieron a su frente a un hombre duro, impopular, y a un grupo fácil para la corrupción. La Corea del Sur, presidida por Syngman Rhee, y la del Norte, de dirección comunista, se separaron provisionalmente por el paralelo 38, como los dos Vietnam están separados por el paralelo 17. El 25 de junio de 1950 se rompió la línea imaginaria del paralelo y las dos zonas entraron en guerra. Pasemos por alto, una vez más, la responsabilidad de la agresión o de la creación del incidente desencadenante: cada uno se lo achaca a los otros. El hecho es que la guerra estalló, los Estados Unidos intervinieron a favor del Sur, y China —ya ocupada por Mao Se Tung— a favor del Norte. Truman consiguió el apoyo de la ONU —aprovechando una ausencia del delegado soviético— y la guerra se hizo bajo la bandera de las Naciones Unidas. Con el Vietnam no se ha podido ya conseguir esta apariencia. Mac Arthur, general en jefe, preconizó el empleo del arma atómica: Truman le destituyó —y, de paso, cortó la carrera a un posible candidato a la presidencia de los Estados Unidos; quizá lo hubiese sido en lugar de Eisenhower, y la historia del mundo no hubiese cambiado nada—, pero no pudo evitar la ola de histeria, de miedo, de sensación de borde de la guerra mundial que se extendió por el país. El senador Taft gritaba: «¡América está en peligro!», el senador McCarthy iniciaba su breve temporada de fascismo parlamentario y Foster Dulles la división maniquea del mundo en buenos y malos; al otro lado de la cancha, unos reflejos parecidos endurecían el régimen de Stalin. La primera guerra de Corea costó todo esto, tres años de matanzas con dos millones de muertos —55.000 america-



Soldados norteamericanos destacados en Corea del Sur, recorriendo la línea fronteriza de la zona desmilitarizada. Los incidentes militares se suceden en ella.

nos—, la separación del mundo en dos bloques y una sensación de frustración en la opinión pública americana, que nunca pudo ganar aquella guerra. Fue entonces cuando los Estados Unidos se prometieron «no comprometerse jamás en una guerra terrestre en Asia». No han podido cumplirse su promesa. Corea quedó, al final de la guerra, dividida de nuevo en dos por el paralelo 38. Puede decirse que, desde entonces, no han cesado los incidentes fronterizos, más o menos graves, ni las esperanzas de reunificación.

La construcción de Corea del Sur por parte de los americanos ha sido una operación importante. Aparte de la operación comercial realizada por la «New Corea Company», propietaria de grandes extensiones de tierra, el gobierno de los Estados Unidos ha invertido unos tres mil millones de dólares, y ha construido con ellos un ejército que se considera como «el cuarto del mundo libre». «Estamos recogiendo ahora los dividendos de esa inversión», escribía el editorialista americano Roscoe Drummond al conmemorar, en un artículo, el 15 aniversario de la guerra de Corea. Los dividendos son la participación coreana en la guerra del Vietnam. Cuando Drummond escribía esas líneas, Corea del Sur tenía un ejército expedicionario en el Vietnam de 15.000 soldados —más dos mil técnicos—. Hoy tiene 50.000. Para una nación de 25 ó 26 millones de habitantes, es una participación muy considerable: es un esfuerzo de guerra equivalente, por lo menos, al de los propios Estados Unidos.

Corea del Sur, con esta ayuda económica masiva de los Estados Unidos, con algunos resultados muy visibles de industrialización, de aumento de tierras cultivables, de crecimiento de la exportación, no ha conseguido tener una historia feliz. Consecuencia general de las dictaduras. A Syngman Rhee se le llamó «el Viejo Terrible»: llegó a tener 20.000 presos políticos en las cárceles —los japoneses sólo tuvieron quince mil— y los tribunales condenan a muerte con cierta facilidad. Cuando los diputados —el régimen era, naturalmente, parlamentario y democrático, según el patrón aplicado universalmente a estos países— se opusieron, Rhee detuvo a catorce, de los que trece fueron condenados a diez años de prisión. Cuando se propuso una enmienda de la Constitución en la Asamblea, para limitar los poderes presidenciales, Rhee la disolvió; las nuevas elecciones dieron el poder de nuevo a la oposición —naturalmente, no comunista—: Rhee detuvo a cincuenta diputados y acusó de sedición a otros doce. En 1960, los Estados Unidos tuvieron que aplicar el mismo sistema que en el Vietnam: la deposición del «tirano». Era el momento en que se comprobaba que la imposición de hombres fuertes odia-



dos y el régimen de corrupción no daban resultado. Ngo Din Diem cayó en Saigón; Syngman Rhee cayó en Seúl, como consecuencia de una «revolución de estudiantes». Se adoptaron nuevos patrones: una Constitución con menos poderes presidenciales, un parlamento más amplio: la consecuencia fue un triunfo de la oposición —el Partido Democrático, moderado y con esperanzas neutralistas—, y la consecuencia de la consecuencia, un golpe de Estado, el 1 de mayo de 1961, con disolución de la Asamblea y prohibición de los partidos políticos. Se instauró un régimen llamado de «reconstrucción nacional», presidido por el general Chung Hil Park, y se trató posteriormente de legalizar ese régimen mediante elecciones que no han dejado de ser continuamente repudiadas por la oposición como falsas. Hay, desde entonces, manifestaciones y agitación continua, que se mezclan a los incidentes fronterizos con el Norte.

En este Norte, como en el Sur, se alega el continuo crecimiento del nivel de vida, esta vez por la vía socialista en lugar de por la capitalista. El desarrollo rápido de la industria y de la agricultura, a base de la colectivización de tierras, los planes masivos de enseñanza —en 1970, si aún existe, el plan quinquenal habrá producido 830.000 ingenieros y técnicos— ha costado, también, una dictadura: la de Kim Il Song, que fue un reflejo de Stalin, aunque según algunos de sus biógrafos, sus depuraciones se limitaron a eliminar las facciones del partido que le eran hostiles sin llegar a practicar una política de terror masivo. Kim Il Song es hoy primer ministro, bajo Choi Yong Kung, presidente del Presidium. El comunismo norcoreano es probablemente el más desarrollado y el más rico de todo el Lejano Oriente, pero vive bajo la psicosis continua de una nueva guerra y de una invasión del Sur: su frontera —el paralelo 38— está oscurecida por la sombra de uno de los ejércitos más poderosos del mundo.

El ejército surcoreano, en efecto, es algo bastante impresionante. Tiene 650.000 hombres. 650.000 hombres terribles. Sus cincuenta mil soldados en el Vietnam presumen de haber ma-

tado ya 12.000 vietnamitas: es un «record». Sus tres unidades —la «Tigre», la «Paloma» y la «Dragón Azul»— cubren una doceava parte del Vietnam del Sur, en la que viven —si a eso se le puede llamar vivir— 1.200.000 vietnamitas. El general Myon Sin, que dirige las fuerzas coreanas, ha hecho famosa esta frase: «Para mí, todo vietnamita vivo es un guerrillero». No necesita protección artillera ni protección aérea.

Los soldados le llegan de unos campos de entrenamiento, en Corea, que dirige el propio jefe del Estado, el general Chung Hil Park. Cuando se dice que este adiestramiento de combate ha sido dado por los «marines» americanos, los coreanos ríen a carcajadas: «Somos nosotros quienes les hemos enseñado». El «taekwando» —la lucha coreana—, el «karate», la lucha con arma blanca, son sus especialidades. Se les nutre de armas psicológicas. El servicio militar dura treinta meses: cada soldado debe pasar una temporada en Vietnam y debe seguir cursillos políticos de anti-comunismo, cada soldado participa en la lucha anticomunista en el interior de Corea del Sur, en colaboración con la C. I. A. local (surcoreana) y con la policía, en trabajo de patrullas, interrogatorios y detenciones.

El Vietnam, naturalmente, no es más que un campo de adiestramiento para ellos. «Conseguiremos la reunificación de nuestro país mediante la guerra», dice frecuentemente el presidente Park. Está a punto de conseguir, no se sabe si la reunificación, pero sí la guerra.

Los últimos incidentes que han precedido al del «Pueblo» eran ya de carácter grave. Como ocurría en las fronteras entre Israel y Egipto, era ya difícil saber qué expedición o qué acto podía considerarse como «agresión», cuál como «represalia». En Seúl, la tensión se mantiene continuamente: se descubren complotos, infiltraciones, agitadores clandestinos. Días antes del incidente naval, se había descubierto una red de terroristas que pretendían asaltar el palacio presidencial y matar al general Park. Poco antes había sucedido el caso de los espías juzgados en Seúl, después de haber sido raptados

## COREA

El caso de la captura del barco-espía «Pueblo» ha sido llevado por los Estados Unidos al Consejo de Seguridad. En la foto, el embajador norteamericano, Goldberg, conversando con el representante soviético, Mokarov. En el centro, el delegado británico. Para este grave incidente se busca afanosamente una solución diplomática. La URSS se ha negado, hasta ahora, a mediar en el conflicto.

en Europa. Un caso más de rapto político, que había conmovido ligeramente a los moralistas y había provocado protestas por parte de Francia y de Alemania occidental, de donde habían sido raptados los supuestos espías. Los agentes de la C. I. A. surcoreana habían recorrido Europa visitando los núcleos de la oposición y pidiéndoles que regresasen al país. Especialmente intelectuales. Se les ofrecían sentencias ligeras si lo hacían así; en cambio, a los que no volvieran se les amenazaba con represalias severas contra sus familiares y con la posibilidad de ser asesinados en la calle. Algunos volvieron así, otros fueron simplemente raptados, y las protestas de Alemania y Francia, cuando los hechos fueron sabidos, no se tomaron en consideración. Las sentencias no fueron ligeras. Un profesor de francés y un científico del Instituto de Investigación Física de la Universidad de Munich fueron condenados a muerte; el compositor Yi Sang Yung, a prisión perpetua; el pintor Ung No Yi, residente en París, a cinco años de prisión; nueve mujeres, a penas entre un año y cinco años. Se les acusaba a todos de espionaje a favor de Corea del Norte.

Este ambiente enrarecido, estos países enfrentados, son hoy el teatro de una serie de movimientos que continúan el rapto del «Pueblo»; en este ambiente, todo es posible. No se debe excluir, evidentemente, ningún pesimismo, aunque tampoco puede cerrarse el paso a salidas diplomáticas. Pero lo que hay que comprender bien es que el caso de las dos Coreas, como el de Israel-Egipto, como el de los dos Vietnam, y como el de algunos otros casos que hay planteados en el mundo, no tiene solución mientras se sigan empleando por las grandes potencias los sistemas actuales. Las dos Coreas, neutralizadas y en libre competencia, sin estar nutridas en armas, sin ser adiestradas regularmente en otras guerras, podrían coexistir y reunificarse. En estos momentos, sólo pueden guerrear, y arrastrar con su guerra a zonas mucho más amplias del mundo.

E. H. T.

(Fotos: CIFRA, ZARDOYA y GAMMA)